

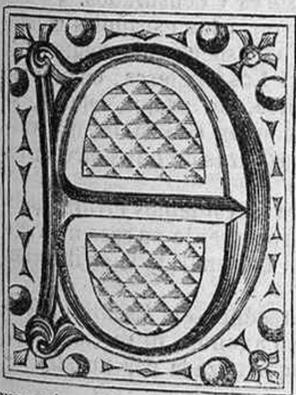
EL MUSEO UNIVERSAL.



NUM. 48. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID : por números sueltos á 2 rs. ; tres meses 22 rs. ; seis meses 42 rs. ; un año 80 rs. MADRID 29 DE NOVIEMBRE DE 1868.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs. ; seis meses 50 rs. ; un año 96 rs.—CUBA , PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA , 10 á 15 pesos. AÑO XII.

REVISTA DE LA SEMANA.



e todos lados se agita en estos dias la opinion, acerca de las cuestiones económicas, ansiosa de hallar un término á la desastrosa influencia que el empirismo mas anárquico ha ejercido hasta aquí sobre la Hacienda pública. El planteamiento de la nueva contribucion, el empréstito y su resultado probable, la

supresion del derecho diferencial de bandera, el aplazamiento de la reforma arancelaria, traen los ánimos combatidos por tan encontradas impresiones, ora favorables, ora adversas al ministro que rige este importante departamento, que no es extraño que los fondos públicos oscilen, sin que por esto sea quizá de temer que continúen pronunciándose en baja como en los últimos dias. No puede negarse que la situacion financiera del Estado es sumamente crítica, y que el señor Figuerola, á cuyo cargo corre su gestion, reúne gran pericia en estas materias; pero no es menos evidente que hasta ahora su conducta, sean cualesquiera las causas que en su abono puedan alegarse, mas obedeció al vaiven de las circunstancias que á un sistema de principios prácticos, homogéneos y consecuentes. Lo que difícilmente puede perdonarse al distinguido prohombre de la liga libre-cambista es el decreto declarando terminado el plazo que concedieron algunas juntas revolucionarias al comercio para introducir géneros con rebaja de parte ó de todos los derechos del arancel, y que no tiene de bueno sino la casi-imposibilidad de su cumplimiento. En cambio, la supresion del derecho diferencial de bandera merece mil

plácemes, y es digna del señor Figuerola, de sus antecedentes y compromisos, como lo será (si se realiza) la publicacion de las bases para la reforma arancelaria que se dice piensa someter á las futuras Cortes, despues que hayan sido expuestas al juicio de la opinion.

Pero ¿esas Cortes vendrán, y cuándo? *That is the question.* No son sólo ya los alarmistas quienes infunden recelos sobre esta cuestion: en su decreto del 24, prorogando las elecciones de Ayuntamientos, el Gobierno se muestra seriamente preocupado por el estado de las pasiones políticas y del orden público en algunas comarcas, aunque no es quizá esta suspension el medio mas conveniente para poner término á esta dolorosa interinidad. Con tacto, prudencia y energía por parte del gobierno y de sus agentes, y un sentido ampliamente liberal, se vencerian esas complicaciones, incapaces de resistir á la accion de un Gobierno que tuviese detrás á todo el pais. La represion de la imprudente actitud en que los revoltosos de siempre (muchos de ellos agentes de los Borbones) pugnan por colocarse, es tan indispensable como delicada, si ha de respetarse la vida de los hombres y no hemos de volver á los estados de sitio, proclamados por el miedo egoista de la clase media, de la cual no puede esperar el Ministerio sino escitaciones para la reaccion, no el auxilio eficaz de su actividad, su decision y su patriotismo.

La manifestacion republicana probablemente se verificará hoy, con el aparato con que los partidos suelen exornar este género de representaciones. Entre tanto, la promovida por el *Fomento de las Artes* para pedir la separacion radical de la Iglesia y el Estado (sin lo cual la libertad de cultos está fundamentalmente violada é impedida), los *meetings* de obreros en San Isidro, la *Sociedad de Artesanos* y otras varias, para discutir sus intereses y plantear entre nosotros las modernas instituciones cooperativas, las reuniones de economistas, comerciantes y hombres de negocios para tratar los asuntos de su competencia, se celebran con igual orden, mostrando en todas ocasiones nuestro pueblo su característica sensatez que tiene en admiracion á la Europa sorprendida, y que es de esperar no será turbada por las sugestiones de los reaccionarios, únicos que en sus iras pueden desear el triunfo de las pasiones y la ruina de la Revolucion. Pero nuestros obreros saben bien que la sensatez no

es el miedo, ni el indiferentismo, sino el modo de sostener dignamente todas las reclamaciones de los partidos y de los individuos; mientras que los desórdenes sólo aprovechan al descrédito de las ideas en cuyo nombre se promueven y al crecimiento de los enemigos de nuestra libertad.

Ojalá el Gobierno imite la sensatez del pueblo y los partidos, desoyendo las maquinaciones que á su lado se traman en la sombra, y las adulaciones con que, so color de mirar por su autoridad (nunca mas comprometida que cuando busca su amparo en la injusticia), le excitan á una actitud de pura represion, cuyo término necesario seria la dictadura militar. No ponemos en duda el patriotismo de los ministros; pero deben estar alerta contra conspiraciones inícuas, muchas veces disfrazadas con pretextos que sólo consiguen hacerlas mas infames. De otra suerte, el porvenir de la libertad puede bien ponerse en tela de juicio por ahora, y la dignidad del Gabinete que es de ella solidaria se veria no menos comprometida; ya que indebidamente se ha hecho Gobierno *de partido*, jamás descienda á Gobierno *de faccion*. No lo tememos; mayormente, despues de la cordura y prudencia de que ha dado noble ejemplo el manifiesto republicano, y que quita todo pretexto á los pesimistas.

Hé aquí por qué alardes militares como la parada del domingo último, que tanto ha dado que decir á las gentes, nos parecen desentonar el cuadro de la situacion y, por lo menos, completamente innecesarios. Tenga el Gobierno provisional autoridades prudentes y enérgicas á la vez (no sirve por sí sola ninguna de estas cualidades), sea fiel á su mision, y esperen los soldados en los cuarteles (y mejor en sus casas) á que peli-gren seriamente la libertad y las instituciones. Exhibiciones como la que el general Prim ha presidido, no sirven sino para molestar á los interesados, dar pasto á una fastuosidad que debe desaparecer de nuestra vida pública, y satisfacer la curiosidad de los cesantes y las amas de cria.

La cuestion de candidatos al trono no adelanta gran cosa, á lo menos ostensiblemente. Sin embargo, algo es que el nombre de Montpensier vaya relegándose al olvido. Se dice (¡parece increíble!) que hay quien piensa con la mayor formalidad en traernos al ex-príncipe de Asturias, recomendable sin duda por ser Borbon y menor de edad, circunstancias ambas á cual más agradables. Muchas de las influencias que

Así acontece que, mientras los hijos de Albion anatematizan la lidia de toros, se construyen plazas en ciudades y pueblos de España; y mientras España censura la lidia de hombres, se sostiene en Inglaterra el odioso título de *Campeon* y su banda pensionada, que supone un puñado de víctimas y la necesidad imperiosa de aceptar el duelo con cualquier atleta que arroje el guante, mientras lleve la insignia sobre sus hombros. ¿No valiera más que se trocaran los papeles, y que cada pueblo fuese el juez de su propia causa?

El curso de la opinion de las gentes ilustradas tiende á suprimir estos espectáculos ó á modificarlos; pero sucede en Inglaterra lo mismo que en España: mientras haya maestros y gimnasios y escuelas de educacion de pugilistas, y mientras haya labradores que inutilicen sus campos por la vanagloria de criar toros para lidia, ni allá faltarán circos, ni acá aficionados al redondel.

En Inglaterra, se dice, la lucha de atletas está oficialmente proscrita. La autoridad no la sanciona, como en España, donde altos empleados la presiden. Ciertamente; pero examinemos la cuestion mas atentamente y veremos que ni es esto un gran mérito por parte de los ingleses, ni la sociedad ha ganado mucho con esa actitud de la autoridad. ¿De qué sirve que la autoridad no presida, si nunca fue allí necesaria, habiendo un juez de la lucha que conocen con el nombre de *Umpire*? El circo, ó *Ring*, por su naturaleza, hizo siempre excusada la intervencion de la autoridad, porque el presidente ha de ser un pugilista jubilado, un doctor en la lucha. Además, ¿de qué sirve la prohibicion oficial si el espectáculo tiene de sencillo cuanto le sobra de repugnante? Cuatro estacas, una maroma, dos cubos de agua, son los instrumentos esenciales.

Perseguidos los actores en un punto, se echan acuestas los aparejos y establecen el circo á una milla de distancia. Vueltos á perseguir, tornan á recoger los trastos, entran en los coches de un tren, y al ver un llano despoblado, se bajan y comienzan de nuevo la funcion. Cuando la autoridad llega á tener conocimiento, si es que hay algun espía, ya ha habido lugar y espacio para dejar á un contendiente exánime en la arena.

Pues esta persecucion oficial, en vez de acabar con la lucha pugilística, la ha fomentado, porque la dificultad engendra el deseo, las apuestas son mas considerables, los precios de entrada mas subidos, y sobre todo, las escenas que tienen lugar en las estaciones de ferro-carriles al ponerse en marcha el cortejo son escandalosas y repugnantes. Daremos una aunque sucinta idea de este espectáculo.

Hay en Londres un periódico llamado *Bell's Life in London*, de gran crédito y circulacion entre los diversos que se consagran á fomentar los intereses de los *Sportsmen*. En él tienen su órgano los criadores de caballos de carrera, *jockeys*, andarines, remadores, *cricketistas*, cazadores, jugadores de billar, etc.; pero principalmente el *Campeon* de Inglaterra, sus adeptos, admiradores, discípulos y secuaces. Entáblase competencia y emulacion entre dos pugilistas, cosa que es continua, porque de ello depende su modo de vivir y la animacion de las apuestas ó traviesas de los abonados y aficionados. Conciértase que fulano y Zutano son el uno para el otro y se fija la cantidad *in capite* ó el precio personal de la lucha. Acto continuo aparece la noticia en las columnas del *Bell's Life*, con expresion de los nombres de los combatientes, sus segundos ó padrinos, el árbitro ó *Umpire*, la talla de los peleantes, el nombre de sus maestros, y todos los detalles necesarios para que se puedan formar conjeturas sobre la victoria, sin olvidar la designacion del sitio en que se les puede ver y examinar para juzgar por su presencia y contextura del poderío de sus puños y probabilidades de resistencia. El día y la hora se deja en blanco, ó se anuncia falsamente para desconcertar á la policia. El verdadero día, lugar y hora lo sabe el editor del periódico, quien bajo secreto lo va comunicando personalmente á los que se dirigen á la redaccion.

Hechas todas las prevenciones, entre las cuales se cuenta el rigoroso régimen dietético á que han de sujetarse los luchadores para que predomine el sistema muscular sobre el sanguíneo, y llegada la hora de ponerse en movimiento, que de ordinario es á media noche, dirígense á la estacion señalada, que ya está poblada de un gentío inmenso: parte, populacho ebrio y desenfrenado; parte, aficionados de la nobleza y de la clase media, amen de los profanos y curiosos que suelen ser la diversion y el juguete de la canalla, con exposicion de sus vidas ó de salir desnudos en pago de su atrevimiento. Puede acontecer que la autoridad, sabedora del caso, se persone ó impida la marcha del convoy. Entonces se retiran y corren de boca en boca la cita para otra estacion aquella misma noche ó al día siguiente, dándose pocas veces el caso de que prendan á los dos pugilistas, porque estos saben ponerse en salvo á tiempo.

Resultado, que la lucha se verifica á pesar y despecho de todas las autoridades, con mas importancia, con mayor interés, y acompañada de escenas mas repugnantes que si la permitieran. Hé aquí el efecto de

la prohibicion oficial. El descrédito de la autoridad de quien se burla el pueblo: y estas luchas son casi diarias en Inglaterra. ¿Qué sucedió con la memorable lucha del *Fenicia Boy* y el campeón inglés Tom Sayer? Todos sabian que se concertaba y que debía verificarse. Acudió un concurso numeroso de todas las clases de la sociedad inglesa, y la policia llegó como el remedio de España, cuando el norte-americano habia perdido ya la vista y tenia convertido el rostro en una masa informe de carne viva. Pocos días despues pasaron en triunfo por la ciudad, se exhibieron en los teatros, y los agentes de bolsa y otras sociedades les regalaron considerables sumas de dinero.

Es decir que, en Inglaterra, la prohibicion de la autoridad no ha lastimado ni atacado de raiz la preocupacion del pueblo. No sucederia lo mismo en España, donde prohibir los toros seria acabar con la lidia, por no poderla hacer á cencerros tapados.

De nada de esto se acuerdan los ingleses cuando hablan de nuestra brutalidad, y de cómo personas de la nobleza protejen y obsequian á los lidiadores. La verdad es que todavía no ha pasado el mejor torero español á ser objeto de institucion nacional dotada con un sueldo, como lo es el *campeonazgo* de Inglaterra.

No soy yo defensor de la lidia, que á buena cuenta debia llamarse *tauro-andro-maquia*, porque la pelea no es de toros entre sí, sino del hombre con estas fieras. Líbreme el cielo; pero no deo de conocer que apenas hay punto de comparacion entre ambos espectáculos. El pugilato es un espectáculo grosero, brutal: todo en él es repugnante, falto de accesorios artísticos, de decoracion seductora, y por lo tanto resiste á la modificacion. Tocarle es suprimirlo, cosa que no sucede con la lidia, que pudiera continuar sin escándalo de los filántropos, purificada de sus accidentes repulsivos.

No estamos conformes con Lady Herbert, cuando dice: «Esta diversion, como actualmente se practica, es horrible, cruel y repugnante, y parece inconcebible que una mujer pueda ir á verla, *por segunda vez*.» Con perdon de usted, señora, á mí me parece tan inconcebible la *primera*, y no puedo comprender tampoco cómo los ingleses de ambos sexos que nos visitan, y saben de memoria que la plaza de toros no es una escuela de moral, se despepitan por tomar billetes siempre que se anuncia una corrida. De mí sé decir que ni he presenciado ni estoy dispuesto á presenciar su espectáculo del circo pugilístico, y bastará esta repugnancia que sentimos los españoles, y esa avidez que muestran los ingleses para deducir lo que va de espectáculo á espectáculo en punto á brutalidad y sublevacion de los instintos de nuestra naturaleza.

(Se continuará).

NICOLÁS DIAZ BENJUMEA.

DELICIAS DE LA PRIMAVERA.

¡Oh mágicos rios, y llanos, y montes!
¡Oh cielo de España, país de valientes!
Mil veces oyendo romances de gloria
Voló hasta vosotros en rapto la mente....
TEMISTOCLES SOLERA.

¡Cuán hermoso es el cielo de España! ¡Cuán apacibles y serenas son en primavera las olas de su mar! ¡Cuán encantador y halagüeño es entonces el espectáculo que nos ofrecen á la vista sus campos alfombrados de yerbas verdes y de flores, que reflejan con brillo, agitadas por los céfiros, todos los matices tan variados de los colores del iris, y que embalsaman los aires con sus esencias olorosas. Entonces los marineros vogan en sus barquichuelos á lo largo de las arenosas playas: al romper el alba saludan con sus canciones melodiosas el retorno de la aurora, y ya tienden sus redes sobre las olas argentadas del mar, ya arrojan sus anzuelos para regalar el gusto de los mas opulentos señores con sabrosos pescados. Por otra parte el eco repite las voces alegres de los cazadores y el ladrido de los perros, que persiguen á la liebre inocente ó al pato herido, que se arroja al agua para que sus fieros enemigos deseosos de hincar los dientes en sus delicadas carnes, no le alcancen.

En la primavera, en esa estacion del año consagrada por los antiguos paganos á las Musas y á las Gracias, toda la naturaleza se reanima, todo lo creado adquiere nuevas fuerzas y lozanía. Hé aquí por qué los vates de todas las naciones celebraron siempre la primavera con armoniosos y elegantes versos; hé aquí por qué Lucrecio da á Venus en su poema, á Venus, que representa la fuerza regenerada de todos los seres, el epíteto seductor de *Voluptuosidad* de los hombres y de los dioses, y Aimé Martin en sus *Cartas á Sofia*, exclama: ¡Oh dulce primavera, estacion de las flores, yo amo tu primer verdor porque anuncia á los labradores tu beneficio. Demoustier en sus *Cartas á Emilia*, sobre la mitología, hablando de esa hermosa estacion del año, se espresa en esta forma:

Alegre primavera
Sus bellezas y encantos ostentaba,

Y, por la vez primera,
En los prados risueña se mostraba
Coronando los árboles frondosos
De frutos delicados y sabrosos.

En una de las canciones árabes, que oí repetir muchas veces en los cafés turcos de Argel, se celebraban con sencillez y frases voluptuosas las delicias de la primavera, se describía la amenidad de los campos, y por último un beduino enamorado dirigia estos versos á su amada:

Eres linda cual la rosa
Que áura matinal ha abierto:
Y el llanto que por tí vierto
Es perla del alba hermosa.

Tu inocencia me enagena,
Tus ojos, tu faz, tu cuello:
Por tí olvido á mi camello
Que salva montes de arena.

Si sales de tu cabaña,
Triscando alegre y ligera,
Calla el viento, y la pradera
Con nuevo verdor se apaña.

Y si mis ojos te ven
Los pies hundir en el rio,
Llego á pensar, amor mio,
Que eras hurí del Eden.

Ignoramos el paraje de delicias y bienaventuranza en que Dios colocó á nuestros primeros padres; ignoramos en dónde estuvo situado ese paraíso terrenal, imágen misteriosa de la mansion de las eternas felicidades. Pero los eruditos que se han esforzado en averiguar con visos de mayor ó menor probabilidad su topografía, convienen todos en que se disfrutaba en ese lugar de una perfecta primavera, estacion privilegiada en todo el curso del año, como lo dice monseñor Huet, obispo de Avranches, en su erudita disertacion sobre el antiguo paraíso terrenal.

Pero el que quiera disfrutar de todas las delicias de la primavera, y presenciar al propio tiempo la variedad repentina de las cuatro estaciones, puede satisfacer plenamente sus deseos visitando el Etna, montaña muy célebre en la antigua mitología y en la historia. Permítasenos por vía de digresion dar á los lectores una idea rápida de este famoso volcan.

Se sube al Etna en los meses mas calurosos del estío, y entonces la variedad que ofrecen sus faldas, sembradas por do quiera de flores, ricas de abundantes mieses y árboles frutales, pobladas de aldeas y quintas, recrea la vista del viajero, que contempla estasiado todas esas escenas encantadoras, y casi voluptuosas, que vanamente se empeñaria en imitar el mas diestro pincel de Claudio Lorena, Salvador Rosa y el Pussino.—Escenas hay en la naturaleza, que se necesitaria la paleta de un dios para poderlas reproducir con verdad.

Al paso que se sube la montaña se va el calor mitigando, y una brisa fresca y ligera da á conocer al caminante, que se halla en una nueva atmósfera, impregnada de los efluvios olorosos, y de la deliciosa fragancia que despiden la lozana vegetacion de una hermosa primavera, y un suelo sembrado de mil variadas flores.

Las tres primeras zonas del Etna, que ofrecen al viajero el halagüeño espectáculo de tres estaciones: verano, primavera y otoño, abundan en todo género de caza. Sus faldas están pobladas de aves, cuya carne es exquisita y sabrosa: hay pocos cuadrúpedos, pero muchos conejos y liebres. En sus bosques abundan los lobos, las zorras, las cabras bravias, los gatos monteses y otras especies de alimañas, como ciervos y gamos: hay tambien aves de rapiñas. En la zona, que sucede al otoño, no hay vegetacion ninguna.

Ese gran volcan en todo tiempo arroja por intervalo bocanadas de humo de su cráter, y cuando acontecen sus grandes erupciones, vomita ardentísima lava, acompañada de un ronco estruendo, que se siente vagar por sus visceras. La lava del Etna tiene al principio un color rojizo oscuro, y derrámase por los campos como un torrente de materia bituminosa derretida; pero á poco se endurece mucho, se pone enteramente negra, y toma la forma de pequeñas masas de piedras escabrosas y puntiagudas. Por donde quiera que pasa todo lo abraza y esteriliza, y cuando comienza á acercarse á los árboles, éstos se estremecen, se despojan de sus hojas y quedan sus troncos carbonizados. Al aproximarse alguna grande erupcion, se oyen en el interior del volcan rumores mas ó menores fuertes, ligeras detonaciones, y por último precede á la explosion un gran sacudimiento, que hace temblar hasta los edificios de todos los pueblos vecinos.

Es un fenómeno muy extraordinario el de que los grandes temblores de tierra, precursores de las explosiones suceden siempre en primavera en las ciudades y aldeas mas vecinas al Etna. Este fenómeno ha suministrado larga materia de discusiones á muchos naturalistas de nota; pero se han perdido en

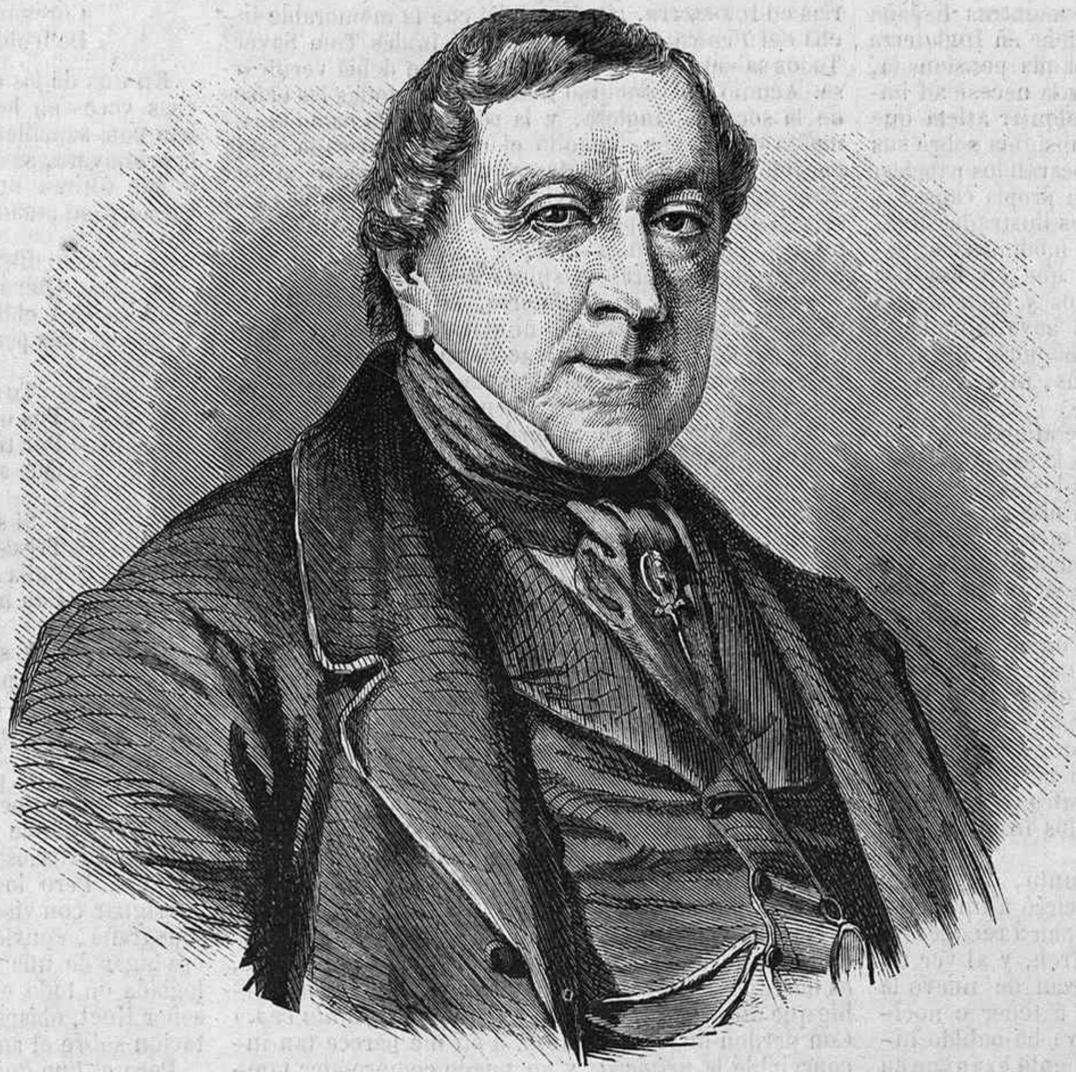


vanas conjeturas, y su verdadera causa aun se ignora. Son todavía innumerables los fenómenos de la naturaleza, ocultos á nuestra vista; y nosotros, despues de la breve descripción del Etna, que acabamos de bosquejar en estas columnas, contentándonos con lo que queda apuntado acerca de aquel famoso volcan, y de la variedad de las cuatro estaciones que ofrece á un tiempo al viajero, vamos á poner término á este artículo, volviendo á nuestro principal argumento.

Los vates, cuyo númen es siempre una especie de inspiración divina, han dado también el nombre de *Primavera* á todo el entero año; y Voltaire, hablando de una señora, que conservaba aun todos sus encantos á pesar de haber cumplido seis lustros, dice:

Par trente-six *Printemps* sur sa tête amassés
Ses modestes appas n' étaient point effacés.

¡Ah, el nombre de *Primavera* dado á todo un año es muy lisonjero, muy seductor! Jóvenes de ambos sexos, á vosotros, que estais aun en el abril de vuestros años, os doy mil parabienes, y despues de que habeis visto brillar, llenos de regocijo, en el fondo de vuestro horizonte el astro luminoso de la libertad en el otoño de 1868, deseo que veais el astro mismo mas reluciente aun en la primavera de 1869, y que podais dejar á las generaciones venideras la



ROSSINI.

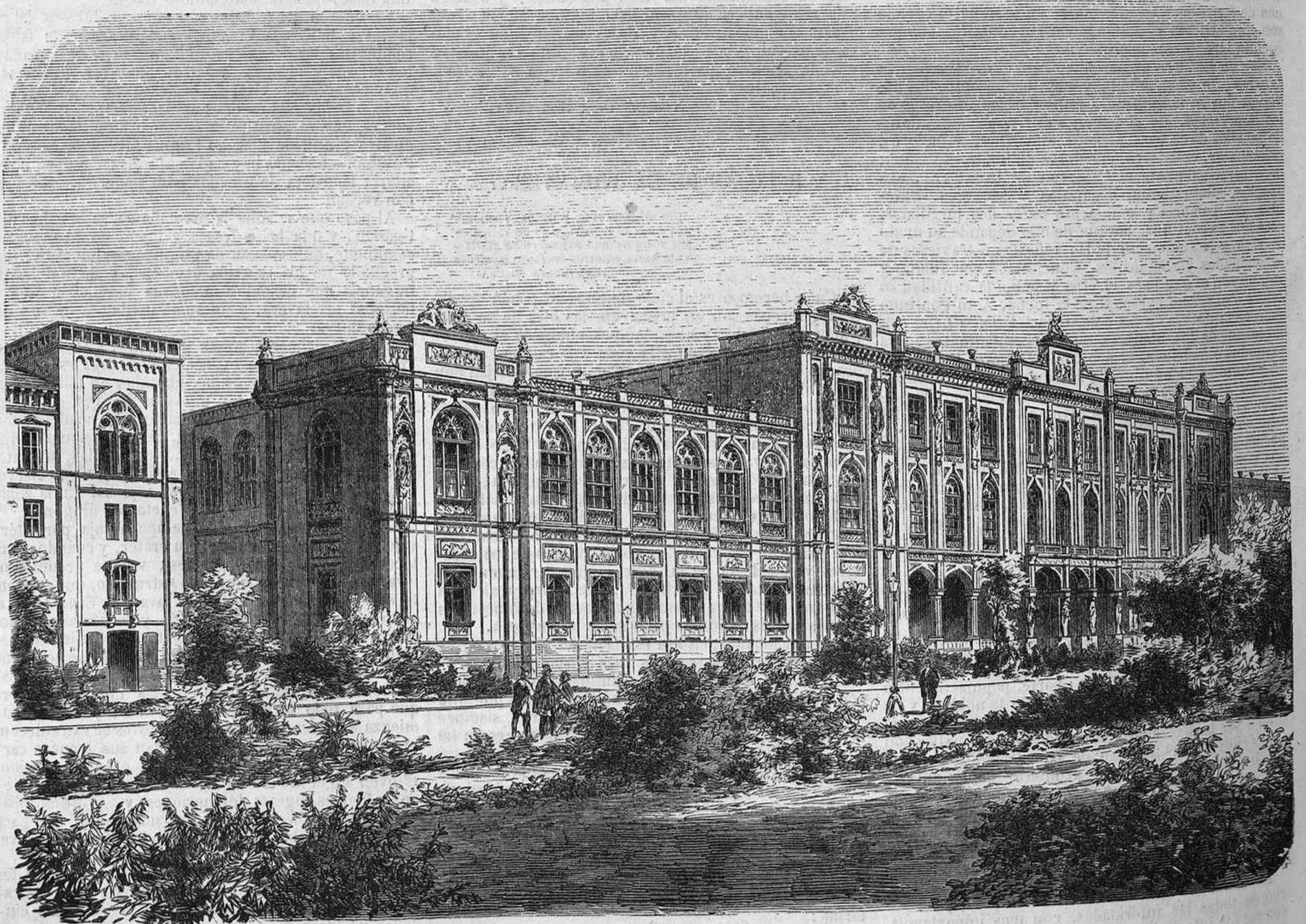
pingüe herencia de una libertad segura y permanente.

SALVADOR COSTANZO.

ROSSINI EN MADRID.

Todos los periódicos de Europa han consagrado artículos entusiastas, llenos de datos biográficos y de observaciones artísticas sobre la vida y obras inmortales del gran ROSSINI, con motivo de su reciente muerte acaecida en París, y que ha impresionado tan hondamente á todas las almas sensibles. Fácil nos sería, extractando aquellos, formar un cuadro encomiástico mas, de la vida y triunfos artísticos de aquel genio privilegiado; pero además de que en esto no haríamos mas que repetir lo que está ya dicho mil veces, no acertaríamos con ello á despertar en los lectores de *El Museo*, el interés local respecto á un personaje y á unas obras que son patrimonio del mundo civilizado. Por esta razon y descartándonos de toda generalidad, nos limitaremos á consignar en estas líneas algunos recuerdos puramente contraidos al paso por nuestra capital de la música Rossiniana y al de su mismo esclarecido autor en 1831.

El entusiasmo melomano producido á principios de este siglo por la fecunda lira del *Cisne de Pésaro*, halagaba las imaginaciones europeas, harto fatigadas por los desastres de la guerra y las combinaciones políticas.



EL MUSEO NACIONAL BÁVARO EN MUNICH.

Las artes encantadoras que sólo crecen á la sombra de la paz, tornaban á ejercer su influencia en los corazones generosos; y el genio sobrenatural de Joaquin Rossini, aun no bien salido de la infancia, acababa de fijar la atención general presentando en la escena Veneciana durante el Carnaval de 1813 su preciosa ópera *Tancredo*.—A los acentos del nuevo Orfeo respondieron todos los corazones; desde el Dux hasta el gondolero repetían involuntariamente su armonía; y las orillas del Adriático resonaban á todas horas.

«Mi rivedrai
Ti rivedró.»

Ni paró aquí (según los periódicos de aquella época) el triunfo del joven compositor boloñés. En menos de un año su magnífica producción dió la vuelta á Europa; todos sus cantos se hicieron populares, y naturalizados en todas partes, así se oían en la capilla Sixtina, como en las revistas de Hyde-Park, en los conciertos de Petersburgo, como en los bailes de París.

Desde entonces los teatros líricos de Europa quedaron como avasallados al sublime genio que incesantemente les alimentaba con nuevas producciones, prodigios de belleza y de armonía; y si bien el nuestro, aun no restablecido de los efectos de una guerra devastadora, no pudo en algún tiempo ofrecernos una obra completa del compositor del día, no por eso su música era desconocida en esta capital, en cuyos salones resonaba con el merecido aplauso.

El ajuste de las señoras Moreno (doña Benita y doña Francisca) y otros artistas españoles para el teatro de la Cruz, vino á ofrecer la posibilidad del espectáculo lírico y aun de la ópera Rosiniana, siendo la *Italiana en Argel*, la primera de estas que oyó el público madrileño en la noche del domingo 29 de setiembre de 1816, con motivo de las fiestas del matrimonio de Fernando VII con Isabel de Braganza.—El entusiasmo inesplicable que aquella bellísima producción causó en esta capital, fue un anuncio de los goces inagotables que el público matritense podía esperar del futuro autor de la *Semiramis*; mas por entonces hubo de contentarse con el *Turco en Italia*, y algunas piezas de otras de sus óperas, porque la escasez de las compañías líricas no permitían funciones de gran desempeño. Por esta razón la famosa *Lorenza Correa* que acababa de contribuir en los teatros extranjeros á la gloria de Rossini, no se determinó á dar en Madrid ninguna de sus óperas, limitándose á darnos á conocer la bellísima cavatina del *Tancredo* «*Di tanti palpiti*» y la del *Barbero*, «*Una voce poco fa*,» que colocó en las óperas tituladas *Los Pretendientes*, del maestro Mosca, y *No se compra amor con oro*, de Generali.

Sin embargo de la escasez del espectáculo, no fue perdido para un público naturalmente filarmónico, y á medida que aquel iba adquiriendo vigor, veíase desterrar entre los aficionados el estilo monótono y amanerado de la antigua escuela para dar lugar al

sentimiento y vida de la nueva. La afición del público iba creciendo á par de sus conocimientos, y era menester complacerle si se quería aprovechar á su entusiasmo. La nueva empresa teatral de 1821, pensó sin duda de este modo, decidiéndose á formar una verdadera compañía de ópera italiana, que no habían disfrutado los madrileños desde las antiguas de los *Caños del Peral*.—Esta compañía, compuesta de profesores distinguidos, tales como Mari, Vacani, Capi-

nos después de sembrar una profunda discordia en nuestra sociedad filarmónica.

En estos momentos (febrero de 1831) vino Rossini á Madrid, acompañado del célebre banquero don Alejandro Aguado, marqués de las Marismas, su íntimo amigo y apasionado admirador (1).

Acogido aquel con la mas entusiasta cordialidad por los monarcas, la aristocracia y toda la culta sociedad madrileña, no hubo género de distinción que

no obtuviese. Invitado por el Conservatorio de música (recientemente creado por la reina Cristina) á una función en su obsequio, en la que pudo apreciar y reconoció encarecidamente la feliz disposición de los españoles para la música; colmado de los favores de la corte y los especiales del magnífico Comisario de Cruzada don Manuel Fernandez Varela; aclamado con entusiasmo en el teatro y en los salones y festines particulares, debió conservar (y así se lo oímos de su boca) un recuerdo indeleble de su breve estancia entre nosotros. — Tributo á ella consagrado por su genio inmortal, fue una lindísima *canzone*, titulada *La Passeggiata*, que dedicó á la reina Cristina, y se publicó por entonces, y el magnífico y sublime *Stabat Mater*, obra colosal verdaderamente inspirada, que á ruego del mismo comisario Varela compuso espresamente para él, y que se cantó por primera vez en la noche del Viernes Santo de 1832, en la iglesia de San Felipe el Real.—El mundo musical que coloca esta sublime composición á la cabeza de todas las de Rossini, no la conoció hasta 1842, cuando ya muerto Varela cayó en



UNA CABAÑA IRLANDESA.

tani, Rossio, la Sala, la Dalmani Naldi, la Loreto Garcia, y otros fue á quien debió Madrid el conocimiento de las obras mas populares de Rossini; y muchos años después aun se recordaba con entusiasmo el delirio que producía la Adelaida Sala (después condesa de Fuentes) en el *Tancredo*, Garcia de Paredes en el *Barbero de Sevilla*, Vacani en la *Cerenetola*, Mari en la *Gazza Ladra* y la Dalmani en *Elisabeta*.

Siguió así la ópera más ó menos boyante hasta que en 1825 se ajustó por la empresa Gaviria la compañía á cuyo frente estaba el célebre compositor Mercadante, y era compuesta principalmente de las *donnas* Cortessi y Fabrica, el tenor Montresor y los bajos Magiorotti, Vaccani, etc. Siguiéron á estos otras artistas de primer orden, como las célebres Corri Paltoni, Cesari, Lorenzani, Marieta Albini, Tossi y Meric-Lalande y los señores Piermarini, Inchiudi, Galli, Pasini, Trezzini y otros muchos que dieron á conocer á nuestro público con una perfecta ejecución las deliciosas partituras de *Il Coradino* ó *Matilde de Shabrán*, *La Donna del Lago*, *Zelmira*, *Elisabeta*, *Otello*, *Mahometo*, *La Semiramis* y el *Moisés*, llegando á producir un entusiasmo tal, que al concluirse el año cómico de 1831 con la despedida de la señorita Adelaida Tossi, faltó poco para que los partidos encontrados de *Tossistas* y *Lalandistas* viniesen á las ma-

manos de un editor de París.

Para completar este ligero recuerdo de la venida del insigne maestro á esta capital, séanos permitido insertar aquí un soneto que en el entusiasmo de nuestra edad juvenil improvisamos entonces y le ofrecimos personalmente en un baile dado en su obsequio en el palacio de los duques de Híjar; decía, pues, así:

A ROSSINI EN MADRID.

SONETO.

¿Dónde, Rossini, irás, que el peregrino
són de tu lira, que envidiara Orfeo,
no te renueve el público trofeo
que á tu genio sin par unió el destino?
Vuela tu nombre; salva el Apenino;
traspasa el Alpe; cruza el Pirineo;
ni el ancho mar ni el Atlas giganteo
límite oponen al cantor divino.
Tú, empero, de tu fama el raudó vuelo
no pretendas seguir; la patria mia
que hoy te recibe, goce tu tesoro;

(1) Hospedáronse en la fonda de Chenicis, calle de la Reina, número 8 nuevo.

Pulsa tu lira en el Hispano suelo;
repetirá su mágica armonía
la grata voz del Matritense coro.

RAMON DE MESONERO ROMANOS.

UNA CABAÑA IRLANDESA.

Este grabado representa el interior de una cabaña irlandesa de Eray, en el condado de Wickow, en medio de esas grandes llanuras casi eriales, donde el esfuerzo del hombre lucha en vano contra la esterilidad de los terrenos, cuando no con lo mezquino del salario.

Ha llovido: el viento húmedo de la mar penetra en el reducido albergue cuya tristeza apenas templará algún tanto la bulliciosa alegría de los niños, para los cuales no hay en la vida sino la fiesta incesante de una continua primavera.

¡Pobre Irlanda, cuán duro es tu destino! En algunos de tus miserables condados, el suelo estéril rehúsa obstinado al ímprobo trabajo de tus hijos el ansiado fruto; en otros, la tierra, agradecida á los esfuerzos del colono, nada puede contra la impiedad indiferente del señor, para quien niega sus labores con el sudor de su frente; y que sin el apego al suelo de sus mayores ni simpatía para sus pobres labradores, gasta sin remordimiento sus rentas en los placeres con que le brindan apartadas comarcas.

El absentismo despuebla y aflige á esta desheredada hermana de la orgullosa y egoísta Albion.

Y no es que falte á sus naturales ánimo y actividad. Si el año no es de los más crueles, y si la cosecha de patatas no ha sido muy escasa, vereis nacer otra Irlanda de paz y alegría, de ardor infatigable y generoso sobre la Irlanda sombría de los malos años; el pescador dispone su barca y sus redes, y el obrero se encamina á su taller, y el labrador se encorva sobre el arado, mientras en la cabaña, donde resuenan los ecos, plácidos y melancólicos á un tiempo, de una antigua balada, la madre de familia se ve asediada por las bulliciosas caricias de sus pequeñuelos.

Admira ver, cómo en medio de tantos obstáculos como cierran el paso al poder de la actividad humana, concediéndole solo alguna estrecha vereda por donde caminar á su penoso desarrollo, la energía no perece por completo, y el ánimo se sostiene bajo esos sombríos horizontes y quizá también en la barca de ese pescador, el esfuerzo de ese trabajador, el arado de ese labriego.

La madre anciana, que hila en las eternas noches del invierno y en las mañanas alegres del estío; el padre que descansa del trabajo, ó medita sobre el ocio impuesto fatalmente á sus fuerzas; el hijo que salta con el perro y el hermano que juega con los chicos del vecino, forman ese cuadro especial que unas tintas melancólicas sombrean y un aroma de nobleza y de fe purifica y sostiene.

Es la resignación callada de la conciencia tranquila ó el deber cumplido del trabajo, quien duerme en calma así bajo las heladas sábanas de enero como entre los ardientes rayos de la canícula.

Peró ¡oh Irlanda! otros días lucirán para tí: la libertad de tus padres no ha muerto y, nuevo Lázaro, renacerán tan luego como la voz del derecho llame á las puertas de tu sepulcro y la moralidad de tus grandes propietarios les haga ver lo que hoy les esconde su sensualidad y su codicia.

J. X.

EL MUSEO NACIONAL BAVARO

EN MUNICH.

I.

«¡A mi pueblo para honor y modelo!» Así dice la inscripción sobre el frontispicio de uno de aquellos grandes edificios, que se alzan en la gran calle de Maximiliano, en Munich, de peculiar forma arquitectónica, como testigos de piedra de los vanos esfuerzos para la creación de un nuevo estilo de construcción. ¿Es gótica, del renacimiento ó árabe esta obra de arte? se pregunta el extranjero, cuando se para, se detiene entre los fragantes parterres y bosques de la calle y eleva los ojos hácia el pórtico sostenido por salvajes cariátides barbudas, hácia los oprimidos arcos apuntados del patio, á los arcos circulares del piso superior, á los esbeltos pilares y atrevidos capiteles.

Es de sentir que la grande y noble forma capital del mismo se vea desfigurada por la total carencia de unidad arquitectónica y austeridad en la ejecución, por una ornamentación en parte pobre, en parte superflua, siempre inadecuada y que recuerda al paso la alfarería; defectos todos que estrañan aquí poco, porque precisamente el edificio armoniza completa-

mente con todos los demás de la calle, absolutamente modernos y contra todo estilo, pero agradables.

Toda la calle de Maximiliano es una tentativa arquitectónica; pero se pasea con agrado ante ella y, después que se ha enfriado la cólera con agri-dulces censuras á sus faltas, se queda con todo agradecido al inolvidable y muy malogrado autor, y juntamente también al pacífico rey Maximiliano.

Una creación de este príncipe fue también él «para honra y modelo de su pueblo» erigido Museo nacional. Después que el rey Luis levantó á las artes plásticas un imperecedero monumento en la Gliptoteca y las dos galerías de cuadros, fue una justa y bella idea de su hijo llevar su atención á mostrar la unión de las artes plásticas con la industria de los tiempos pasados. Halló esta idea su encarnación en el Museo nacional bávaro; y nosotros podemos considerarlo como un don, que en su género, no ha sido ofrecido por ningún otro rey á su pueblo.

La colección formada en el Museo bávaro nacional por los productos de la actividad industrial de los pasados siglos es mucho más rica que la del de Cluny en París, la del museo de Dresde, y la famosa de Viena.

Es la más rica del mundo y además ciertamente en el más breve tiempo realizada, pues han pasado pocos años desde que el rey Maximiliano concibió la idea de la fundación de tal colección hasta su apertura en 12 de octubre de 1867.

Mirada bien la cara exterior del edificio y pasando al pórtico, no hay aquí tampoco en la arquitectura mucho que alabar. Todo el pórtico, así como la construcción de la escalera, son para este edificio demasiado vacías y pobres, á saber: pobres en relación á la exuberante plenitud, á la indefinible pompa del contenido. Donde quiera se mira hacer contraste la insuficiencia é imperfección de las creaciones modernas con la turgente esplendorosa riqueza y la sólida magnificencia de los pasados días.

A. L.

(Se continuará.)

EL CARNAVAL CONTINUO.

Si las modernas sociedades se despojaren de la diplomacia, la ambición, la lisonja y la mentira que tanto las caracterizan, el Carnaval, recobrando su razón de ser cumpliría su misión, siendo una época de pasatiempo y solaz, anhelada por los jóvenes, celebrada por los viejos, y bien recibida de la generalidad.

En tanto que esto no suceda, en vez de encubrir la máscara la discreta y alegre mentira será un motivo para desnudar la triste y descarnada verdad.

El hombre, tan acostumbrado á embromar y ser embromado no puede encontrar aliciente alguno en los días que preceden al miércoles de ceniza, y sólo los acepta por su importancia tradicional y su incontestable utilidad.

En vano los arqueólogos se afanan, á mi entender, por averiguar el verdadero origen de la careta; en vano rebuscan en apollillados volúmenes el nombre de su inventor: la careta procede de la primera familia humana, de la primitiva sociedad, de la edad de oro tan decantada por los poetas bucólicos, y es sabido que en aquella época no existían crónicas, memorias ni privilegios de invención.

Así se explica también su desarrollo y que esa invención hipócrita, esa engañadora apariencia llegue en progresión ascendente hasta nuestros días, como triste herencia de las pasadas generaciones.

Veamos sino á nuestros modernos políticos, pronunciando elocuentes discursos en bien del país mientras hacen la oposición á los poderes constituidos: veámosles en seguida saboreando las delicias del poder y no será fácil reconocerlos. La razón es muy sencilla: se han quitado la máscara.

Sigamos un momento al valiente de profesión, al espadachín perdonavidas, que relata sus duelos en público: veámosle después frente á frente de las enfermedades, de la pobreza ó de la muerte y notaremos que tiembla y palidece. El tiempo ha hecho caer su careta.

Examinemos á los hombres lumbreras de la ciencia, que á vuelta de mil sutilezas alcanzan durante su vida la gloria que sólo debe repartir la posteridad: preguntémosle, para completar nuestro juicio, los más pequeños misterios de la obra de Dios, y su ciencia se estrellará en el origen de todas las cosas, y caerá su disfraz vergonzosamente, porque la careta de la ciencia humana puede disfrazar á un hombre durante su estancia en el mundo; pero se arranca ante un *mas allá*.

Y si pasamos á la careta de la hermosura física, á esa careta formada en parte por la juventud y en parte por la última moda y los comercios de perfumería ¿no hemos de reirnos al ver que el implacable tiempo coloca una arruga debajo de cada lunar puesto, una cana debajo de cada toque del pincel y un desencanto donde más cifrada estaba una ilusión? ¿No

les parece á las bellas que están constantemente disfrazadas?

Y no hablo de la careta de la beatitud, de la del patriotismo, de la de la honradez, ni de tantas otras como se usan en el mundo; á fé que tales disfraces se volverán un día en contra de quienes los llevan: sólo los cito para asegurar que el Carnaval del Prado y demás paseos es una mala parodia del Carnaval político, moral y social.

He hablado del Carnaval de los paseos, y aunque por conocida pudiera callar su descripción, debo decir que lo constituyen algunos centenares de incautos, que suelen salir maldiciendo de él; los que pagan dos reales por una silla y una pulmonía; los que van ignorantes y vuelven sabedores de su deshonra; los que dejan sus relojes, sus petacas y pañuelos en manos de algún ratero, y finalmente el incalculable número de admiradores de todo cuanto ven, de esos seres sin voluntad propia, que van donde va la gente.

Y al acabar la tarde vuelven las vestales á desnudarse á sus templos; los moros, que han ido comprometidos con su olor á tocino, descansan en las tabernas, convencidos de que no han de ir á la Meca á juzgar su desobediencia; los disfrazados de mujeres comprenden que empezaban á acostumbrarse á su papel y vuelven con pena al círculo masculino; las estudiantinas se van á *descansar* á los bailes públicos; los cafés se ven llenos de una alegre multitud, olvidada de la higiene, y debajo de ese mundo ficticio, rasgando el disfraz con que se encubre la humanidad bajo las oleadas intranquilas del Carnaval, pueden distinguirse las negras aguas del sufrimiento, las tumultuosas de las pasiones, las aparentemente tranquilas de la miseria y la desesperación.

Y cuando avanza la noche, cuando han llegado á su colmo las manifestaciones exteriores de la humanidad, las locas risas del baile pretenden hacer callar la voz acusadora de la conciencia; el delirio de la orgía encubre las manchas del honor, y lejos de los sitios animados acaso consume la fiebre al padre de familia; acaso la infeliz esposa trabaja para ganar el pan del próximo día para sus hijos; acaso, mal aconsejado por el hambre, despoja al transeúnte el jornalero sin trabajo. Tal vez vele el amigo el cadáver de su amigo; tal vez el hombre de genio trabaje por reformar el mundo; tal vez el criminal robe la vida del inocente; ¡tal vez el desgraciado case al crimen de la desesperación el crimen del suicidio!

Peró, ¿qué importa todo esto á la bulliciosa multitud? Aunque se animara ante sus ojos el cuadro que acabo de trazar lo contemplaría indiferente.

¿Se quiere una prueba?

Pocos años hace que, en lunes de Carnaval, un infeliz, reo de un horroroso crimen (1) lo purgaba con la última pena, y la multitud, ávida siempre de sensaciones, acudía al lugar espiatorio á presenciar sus últimos momentos. Nada más triste para el hombre pensador que el contraste de aquel reo, cuya vida se contaba por minutos, caminando lentamente por medio de una bulliciosa muchedumbre, que interceptaba su paso, y que tal vez, después de presenciar el horrible, aunque justo, castigo de la ley, volvió á entregarse al desenfreno, á la orgía y á la disipación, ahogando acaso en su pecho el último movimiento de sensibilidad con una carcajada estúpida, impropia de una criatura humana. Testigos oculares me han afirmado también que en el Campo de Guardias *se vieron algunas máscaras*.

Cerraré estas reflexiones con una máxima de la primera de nuestras poetisas: el mundo sólo se quita la máscara cuando se la pone en el Carnaval.

MANUEL OSSORIO Y BERNARD.

ALBUM POETICO.

A MI ESTIMADÍSIMA AMIGA LA POETISA DOÑA ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE.

(En su album.)

En las hojas de este libro
poetas de claro ingenio
altamente han celebrado
de tu pluma los aciertos,
de tu rostro la hermosura,
de tu virtud el ejemplo;
y al lado de sus palabras,
fueran mis pobres conceptos
como la sombra de un cuadro,
como un compás de silencio,
que interrumpe la armonía
de magnífico concierto.

Peró si en estos renglones
fijas tus ojos bellos,
pronto los alumbraría

(1) El soldado Estéban Navarro, autor de un doble asesinato y abandono de su centinela en palacio.

la clara luz de los cielos;
y si en alto los leyeres,
adquirieran al momento
la encantadora armonía
de tu dulcísimo plectro.

Sea, pues, aquesta página,
por maravilla del genio,
para todos sus lectores
sombra, oscuridad, silencio;
y sólo para tí, Antonia,
luz clara, dulce concento:
¡asi el sol presta al arroyo
de su llama los destellos!

LUIS VIDART.

A LA LIBERTAD.

Principio innato en el hombre
y del bien germen fecundo,
recordarán ante el mundo
de la libertad el nombre.
¡Libertad! no nos asombre
que, con tu luz bienhechora,
seas cual brillante aurora
que, al anunciarnos el día,
nueva vida nos envía
y las tinieblas devora.

A tu impulso creador
la imprenta se regenera,
y difunde por do quiera
su brillante resplandor.
Sin tí, es cual marchita flor,
sin aroma y hermosura,
es cual lecho de tortura,
y cual árido desierto,
es el pensamiento muerto,
el silencio y la amargura.

Manifestacion sublime
de la humana inteligencia,
inspiracion de la ciencia
y terror de quien la oprime:
El que tus armas esgrime,
el bien y el progreso ansía;
por ella la patria mia
mira hoy limpio firmamento,
porque el libre pensamiento
es sol que Dios nos envía.

JOAQUIN OLMEDILLA Y PUIG.

EPIGRAMAS.

Tiene una voz que enagena,
Don Lucio, sonora y buena;
Mas, con perdon de sus canas,
Me admira que voz tan llena
Diga palabras tan vanas.

Por ser fátuo pisaverde,
No estudia apenas Juan Caños,
Y aunque dicen que los pierde,
Cada vez tiene mas años.

Junta muchas cualidades
Juan Salas, segun proclama,
De los hombres de mas fama
Que han contado las edades.
Yo envidiara su fortuna;
Mas hay quien dice de Salas,
Que tiene todas las malas,
Y de las buenas, ninguna.

ROGELIO GOMEZ DE QUERO.

MADRIGAL.

(TRADUCIDO DEL LATIN).

Diz que Lesbia murmura
de mí, que fui su amante,
zahiriéndome con dardo penetrante;
que yo muera, si Lesbia con locura
al mismo que critica no venera
en silencioso amor; la prueba es obvia:
de idéntica manera
yo mismo á todas horas la zahiero,
sin ver ¡ay! ¡que de amor por ella muero!

JUAN QUIRÓS DE LOS RÍOS.

CANTARES.

Con el rocío del cielo
crecen las pintadas flores;
con el rocío de mis lágrimas
crecen mis tristes amores.

Crece mis tristes amores

al impulso de mi llanto,
y al paso que van creciendo,
tu inratitud va aumentando.

Tu ingratitud va aumentando
á la vez que mi cariño,
y mi corazón ya está
¡casi muerto el pobrecito!

Casi muerto el pobrecito
porque en tí no halla calor:
dale una poca siquiera
¡anda, por amor de Dios!

JUAN QUIRÓS DE LOS RÍOS.

¡AL PRIMO ALBORE!

NOVELA ORIGINAL.

I.

Era una de esas deliciosas mañanas de mayo, que sólo se disfrutan bajo el poético cielo de Granada.

En la Alhambra, y en el salon principal de la fonda de los *Siete Suelos*, nos hallábamnos reunidos varios jóvenes en torno de una mesa, en que se nos habia servido un suculento almuerzo.

Se habian agotado todas las conversaciones, se habia brindado de mil modos, y cada uno de los comensales, temiendo que otro diera la señal de partir, buscaba entre las azuladas columnas de humo que se desprendian de su cigarro, alguna ocurrencia nueva que contar ú otra *bomba* que despedir en prosa ó verso.

—¡Guapa chica! dijo de pronto Luis, mi amigo del alma, que se hallaba junto á un balcon, mirando en direccion de la entrada de Generalife.

Todos nos levantamos apresuradamente con la curiosidad que naturalmente inspira en las cabezas jóvenes la presencia de una mujer bonita.

Aquella á quien mi amigo se referia, era una joven elegante, aunque sencillamente vestida, que acompañada de un caballero anciano parecia venir de Generalife ó del camino de Fuente-Peña.

A pesar de que su rostro iba medio oculto por un velo que caia de su airoso sombrero de ala estrecha y alta, se conocia que debia ser bellísima.

El anciano y la joven continuaron bajando sin reparar, al parecer, en nosotros, y entraron en la fonda de enfrente.

—¡Preciosa mujer! repitió Luis que siempre ha sido admirador acérrimo del bello sexo.

—¡Infeliz! dijo tristemente un caballero francés que habitaba en la misma fonda donde estábamos, y á quien habíamos invitado á tomar parte en nuestra diversion.

—¿Por qué? preguntamos varios á un tiempo.

—Esa joven, continuó con visible emocion el extranjero, en quien la naturaleza y la fortuna parece que se han complacido en derramar sus dones y que debia ser tan dichosa, esa joven... ¡está loca!

—¡Loca! exclamamos todos con acento conmovido.

—¡Loca! repitió con hondo pesar el extranjero.

—¿Y sabe usted tal vez la causa? preguntó uno de los convidados.

—¡Alguna sorpresa quizás!.. añadió otro interlocutor.

—¡Algun amor desgraciado!.. replicó un tercero.

—¡Amor! ¡bah! dijo Luis riendo; ninguna mujer se vuelve loca por amor!

—¿Está usted seguro? exclamó el francés mirando fijamente á mi amigo.

—¡Vaya si lo estoy! contestó éste con la conviccion del que ha sufrido algun terrible desengaño.

—Pues yo podria convencer á usted, si me creyese bajo mi palabra, de que el amor puede muy bien trastornar el juicio de una mujer.

—Oiría con mucho gusto la historia de ese fenómeno de sensibilidad.

—¡Venga! ¡venga la historia! dijimos todos con alegría viendo en esto un medio de no dejar tan pronto aquel delicioso sitio.

—Voy á contarla, señores, dijo el joven extranjero sentándose.

Y relató lo siguiente.

II.

No lejos de Rouen, y en una llanura que se estiende en la márgen derecha del Sena, se eleva un soberbio castillo, cuyos muros se conservan en buen estado gracias á algunas importantes reformas, que si bien le han hecho perder mucho de su carácter gótico-bizantino, han dado mayor solidez al edificio y mas comodidad á sus moradores.

Sus ojivas, barbacanas y bastiones han ido desapareciendo paulatinamente, escepto en el ala izquierda, sustituyéndose en la derecha por una elegante fachada

con varios balcones á la moderna y algunas ventanas en el piso bajo, coquetamente adornadas con una guirnalda de rosas y pasionarias.

Una larga avenida de castaños y abedules se prolonga ante el antiguo edificio y conduce hasta la verja que defiende la entrada principal.

Detrás del castillo de Verteville, que asi se llama, hay un jardin y mas allá un estenso parque, ambos tambien en el mejor estado, gracias al caudaloso Sena, que les presta abundante riego.

Esta mansion, resto aun latente de los tiempos feudales, y que parece querer ocultarse en el gran bosque que la rodea, pertenece al conde de Verteville, quien, siguiendo una costumbre contraria á la de la aristocracia francesa, habitaba en ella en todo tiempo.

Hijo de uno de los nobles mas perseguidos en tiempo de la República y que habia buscado un refugio entre las vetustas paredes del castillo, siguió habitándolo con su padre cuando se estableció el imperio, llevó tambien á su esposa y educó á sus tres hijos.

Allí tambien vió morir sucesivamente al autor de sus dias, su fiel compañera y sus dos hijos varones; y á pesar de estas desgracias, que en otra persona hubieran inspirado un odio profundo hácia aquella solitaria mansion, quiso seguir vegetando en el mismo lugar donde murieron los suyos, dedicándose á la educacion de su hija Aura, único lazo que lo retenia en el mundo.

III.

Aura de Verteville era bella y tímida como una flor oculta que crece á la orilla de un torrente.

Nacida lejos de las ciudades, y huérfana de madre desde la edad de cuatro años, no conocia otro mundo que el que abarcaba con sus ojos desde la plataforma mas elevada del castillo.

La única persona que habia tratado, fuera de su padre y los criados, era su anciano preceptor y maestro de música, que habia ilustrado su entendimiento y abierto su alma á los dulces encantos de la armonía.

Sus paseos se reducian al parque de Verteville ó las orillas del Sena; pero jamás habia estado en Rouen y menos en París. Su padre hacia frecuentes viajes á estos puntos cuando sus negocios le obligaban á ello; pero nunca habia llevado á Aura ni ésta se habia atrevido á proponérselo.

El conde, cuyo carácter austero se habia vuelto menos comunicativo y más sombrío y áspero desde la pérdida de su esposa y sus hijos varones, le imponia un miedo respetuoso, que en nada se oponia á su cariño filial. Sin embargo, el conde la amaba con efusion y la dulce mirada de Aura era lo único que lograba desarrugar su frente y entreabrir sus labios.

—Todavía es muy niña, pensaba en aquellos momentos en que la miraba con éxtasis; cuando cumpla los diez y ocho años yo la casaré ventajosamente, y entonces podrá disfrutar sin inficionarse de la vida de París, que aun le es desconocida.

—Pero el conde no calculaba que Aura contaba diez y seis primaveras y que su corazón podia estar ya abierto á las impresiones del amor, como estaba en efecto, á pesar de vivir aislada en aquella soledad.

Hé aquí cómo esto habia acontecido.

IV.

El conde de Verteville habia marchado á París, donde le llamaban algunos asuntos, encargando como siempre á los criados el mayor cuidado respecto á su hija, y noticiando á ésta que tardaria unos quince dias en volver.

Aura, cuando estaba sola, se aprovechaba de las circunstancias para salir del castillo con mas frecuencia, bien al parque, bien á las orillas del Sena.

Un dia, poco despues de amanecer, se dirigió hácia este último, acompañada de su doncella de mas confianza.

La mañana era hermosísima. El sol lanzaba sus primeros rayos que doraban la campiña y se quebraban en las ondas del caudaloso rio, y algunas barcas dirigidas por pescadores seguian la corriente.

Aura contemplaba con arrobamiento este grandioso cuadro siguiendo distraida la ribera, cuando oyó cercano el ruido de un caballo.

Volvió el rostro y distinguió al jinete que se dirigia hácia donde ella estaba y que en vano trataba de contener al desbocado bruto. Habia perdido los estribos y se sujetaba por las crines.

Caballo y jinete pasaron como una exhalacion por delante de la joven que sobrecogida, pálida y llena de temor, no pudo retener un agudo grito.

El fogoso animal, espantado en medio de su carrera por una barca que habia en la márgen del rio, dió un violento salto hácia atrás y lanzó al jinete á diez pasos de distancia.

Aura y la sirvienta que estaba tan asustada como ella, corrieron hácia el caballero creyéndolo herido. Pero ya éste se habia puesto de pie y se limpiaba el polvo de su vestido.

—Gracias, amable señorita, dijo yendo hácia ella y saludándola, ese maldito Rey se espantó al ver partir

DELICADA ESPRESION DE UN DIRECTOR DE ORQUESTA.



UNA



¡PATÉTICO!



¡MISTERIOOOSAMENTE!



¡SOAVISSSSIMO!



¡EH!...



¡FORTISSIMO!!!



¡STAC-CA-TO!



¡CELESTE



¡¡¡RRRRRUM!!!!

la locomotora en la estacion próxima; pero afortunadamente no me he hecho gran daño.

—¡Oh! ¡me alegro! dijo Aura poniéndose como una anapola, pues era la primera vez que sus ojos tropezaban con los de un joven; no me atrevo á decirlos que descansen en el castillo, pues mi padre se halla en París y estoy sólo con mi servidumbre.

—Vuelvo á daros gracias, señorita, añadió el desconocido inclinándose de nuevo; según eso, ¿tengo el honor de hablar con la hija única del conde de Verteville?

—La misma soy, caballero, dijo Aura bajando los ojos.

—Había oído hablar mucho de vuestra belleza en Rouen á las pocas personas que han tenido la suerte de veros; pero jamás creí fuera tan perfecta como me la habían ponderado y cual la admiro en este momento.

La joven no supo qué contestar á esta galantería y su turbación se hizo mas visible. El caballero tampoco quiso prolongar por mas tiempo aquella situación tan violenta para la hermosa castellana.

—Señorita, dijo; es para mí mucho honor haberos saludado; me llamo Jorge d'Harcourt, vivo en París y ahora accidentalmente en Rouen; seré muy dichoso si vuelvo á tener el placer de veros.

Inclinóse profundamente y se alejó. El caballo, despues de perder al jinete se había tranquilizado y estaba inmóvil á poca distancia.

La pobre niña vió partir al caballero con cierta tristeza, cuyo origen no comprendía.

Quando desapareció, entre los árboles que formaban la avenida del castillo la joven tomó tambien el mismo camino y entró en sus habitaciones.

V.

En la mañana del día siguiente se levantó Aura y abrió uno de los balcones de su habitación; pero no bien lo hubo hecho cuando se retiró vivamente poniéndose encendida y turbada y exhalando un grito.

Apoyado en la verja que defendía la entrada del castillo y teniendo el caballo por la brida, vió al joven que tanto la impresionó la víspera.

Aquel mismo día empezaron á amarse Aura y Jorge.

Todas las mañanas, cuando el sol asomaba en el horizonte, Aura mandaba ensillar un caballo que manejaba como una amazona, y salía al campo donde la aguardaba su amante Jorge.

El tiempo que pasó en París el conde, pasó para los dos jóvenes con la mayor celeridad. Pero al fin volvió aquel al castillo.

Entonces cesaron los paseos matutinos.

Todas las noches, cuando el conde se retiraba, Aura en vez de entrar en su cuarto, bajaba á una reja que daba al lado izquierdo del edificio y pasaba hablando con su amante gran parte de la noche.

Así trascurrió algun tiempo.

Aura se consideraba feliz; pero estaba escrito que aquellos amores habían de serle fatales.

VI.

El conde volvió á ausentarse del castillo. Los jóvenes se aprovecharon de esta circunstancia para verse con mas frecuencia y estrechar mas los lazos del puro y ardiente amor que les unia.

El conde volvió á los doce días; pero con gran sorpresa de Aura y los criados, Mr. de Verteville no volvía sólo.

Le acompañaba un caballero como de treinta años, altivo, elegante y de maneras muy aristocráticas.

—Hija mía, dijo el conde á Aura cuando hubieron entrado en el salon para hacer los honores á su huésped; te presento al caballero Honorato Louvel, hijo de una de las mas nobles familias de Francia, que nos dispensa la honra de pasar ocho días en nuestra compañía.

—Sea muy bien venido, contestó Aura devolviendo al caballero el ceremonioso saludo que la hacia.

(Se continuará.)

SALVADOR PEREZ MONTUTO.

SOLUCION DEL GEROGIFICO DEL NUMERO ANTERIOR. Los cazadores llevan mas esperanza que pólvora y perdigones.

IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. CALLE DEL PRINCIPE, NÚM. 4.